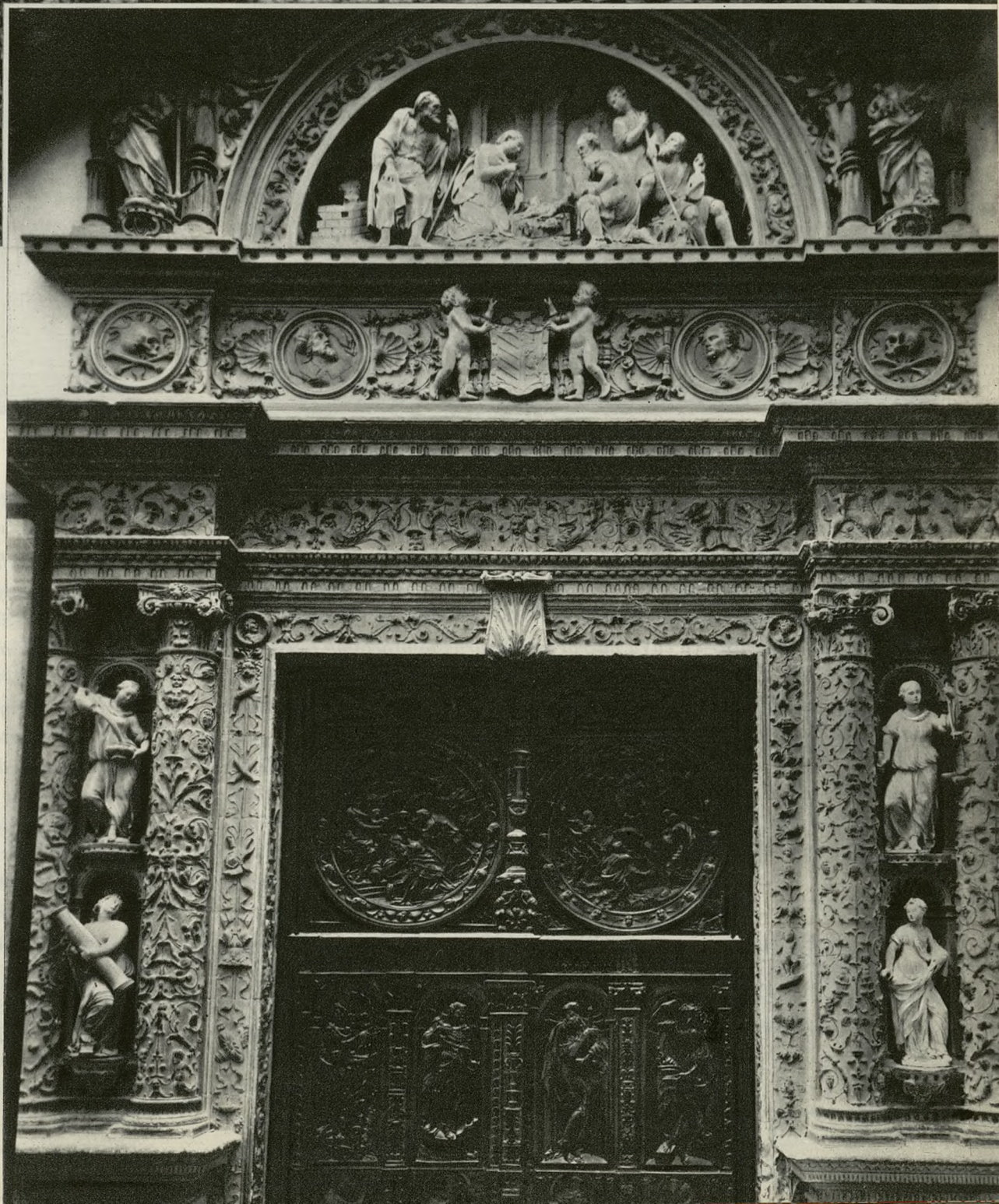


CUENCA,

ALLÁ EN LOS CONFINES DE LA CELTIBERIA...

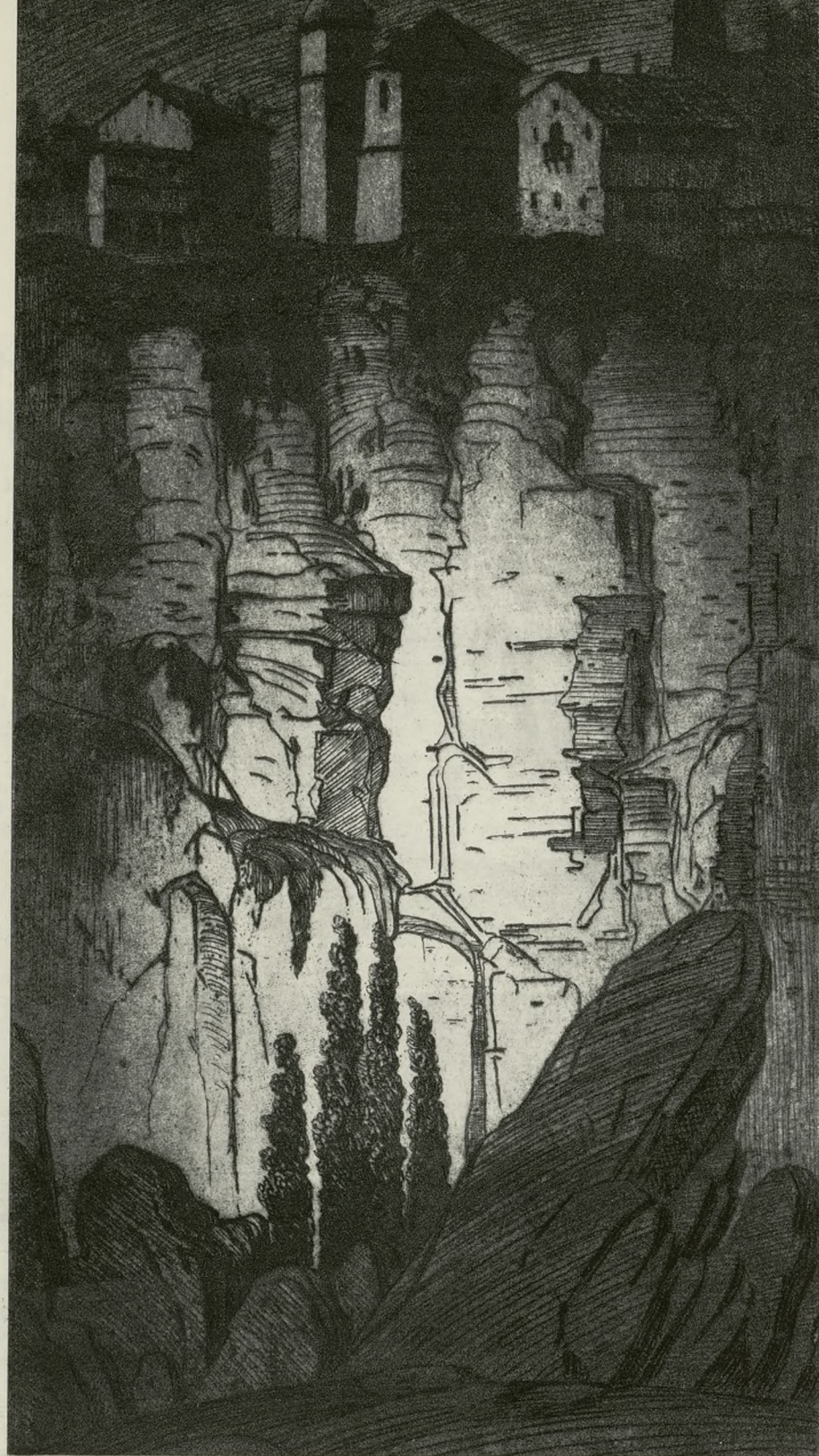


Arriba: El escudo de Cuenca de España y una panorámica de la parte alta de la vieja ciudad castellana que corona la famosa torre Mangana.—A la derecha: Una magnífica entrada de la iglesia de Santo Domingo.



NO nos sirven los detalles exactos para decir cómo es Cuenca. Y hacemos esfuerzos por rehuir la expresión metafórica porque la ciudad está ahí, rotunda, con firmeza enraizada en los adentros misteriosos de estas tierras altas de Castilla que a veces abren los ojos recorriendo un párpado de suelo para la mirada de un agua honda cautiva en la sombra desde milenios. Las gentes de por acá, llaman torcas —nombre de recio sabor celtibérico— al prodigio de este geológico mirar. Pero no suelen sorprenderse por que la sorpresa no se acostumbra entre ellas.

Quería decir que la dificultad descriptiva recurre al escape metafórico que, deliberadamente, no queremos utilizar. Describir las cosas de manera directa, sin trasposiciones, cuando como en la presente ocasión estas



La iglesia de San Pedro vista desde los cerros del Socorro.—Aguafuerte de Castro Gil.

cosas se ofrecen sencillas y heroicas, nos parece una exigencia de su propia condición. Por todo ello, hace algunos años esperamos con impaciencia las páginas de don Miguel de Unamuno dedicadas a Cuenca. Don Miguel habla paseado sus callejas y metiéndose en las entrañas de Cuenca hasta sentir el frío de muerte de la Capilla de Caballeros en la Catedral —la Capilla de los Albornoz— a cuya puerta la Descarnada proclama su triunfo «hasta de los guerreros victoriosos» tendidos entre las sombras espesas del recinto con su inútil punta en blanco en alabastro. También subió hasta coronar los airosos mogotes que festonean las hoces del Huécar y el Júcar para mirar a sus pies las rapaces de bronce altivo girando silenciosas sobre la maravilla de la ciudad copiada en el espacio imposible del reflejo, en esa luz que las aguas retienen, que se queda retrasada, como abrevando cuando ya la tarde se ha ido. Don Miguel vivió las horas de su estancia en Cuenca aún más metido en sí que de ordinario, sorprendido de la pervivencia de un espíritu que ni el olvido, ni el desdén, ni la piqueta, habían logrado desterrar. Y si entre las sombras de iglesias y casonas, luces, reflejos o roces le traían con una mirada en el cuadro recóndito, con un brillo en el regio estofado dormido, con el frío hondo de una forma o el rumor profundo de abejas



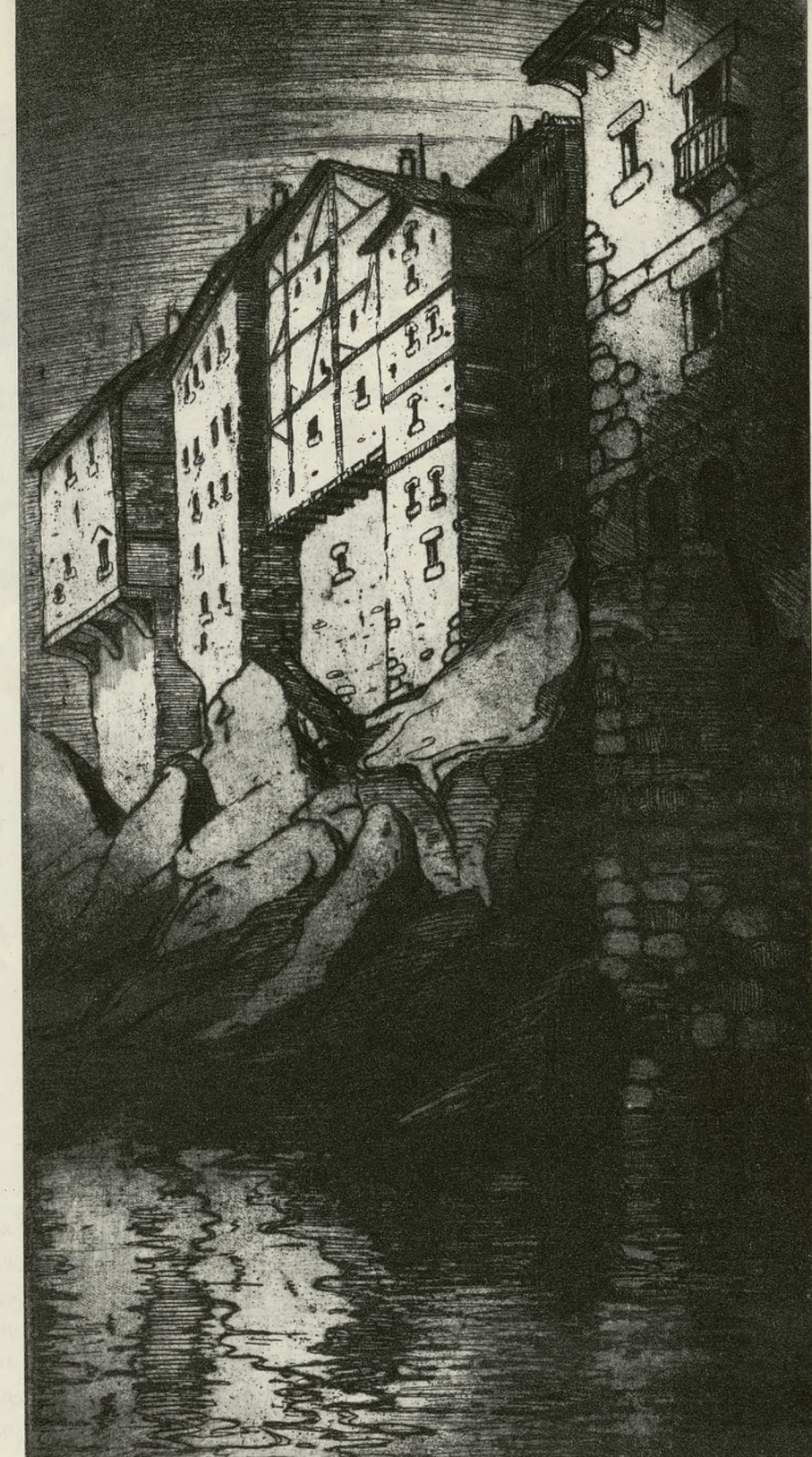
El arco de San Juan visto desde Socorro.—Aguafuerte de Castro Gil.

sombrío en el retablo o el sillar la presencia de un mundo de detrás de un agazapado y sombrío trasmundo, sobre las cimas, atalayando las anchas tierras hacia el sur o el anfiteatro roquero del norte, en el aire que de tan limpio no existe, ante los platos imposibles, los nimbos gloriosos y los clarinazos de luz entre nubes desgarradas para la apoteosis, Dios estaba más cerca. Dios estaba más cerca, si, triunfante la esperanza del frío sutil de la claustra y aun de la representación plástica de la estrofa manriqueña —aquel Don Jorge que en tierras de Cuenca se citó con la Muerte— en la fusión de las aguas del Júcar y el Huécar a los pies mismos de los muros de Cuenca para seguir juntos haciendo camino hacia la mar del morir.

Yo esperaba ansioso las páginas del maestro porque en él la expresión discurriría por el cauce honrado, sencillo y hondo que Cuenca pide para ser entendida, más aún, para no ser traicionada. El recio castellano de Unamuno serviría a la grandiosidad de los paisajes y la vida conqueses sin temor a la evasión que la originalidad topográfica facilita. Que las casas, yedra urbana de las rocas modeladas humanamente por las aguas; los chopos delgados, guardas nobles dignos de Cuenca, tan esbeltos que el viento en vano se esfuerza por rendir su galanía al soplar colérico contra el filo verde que el árbol inscribe en el aire; las aguas, completando en su limpio reflejo el milagro de la Ciudad engarzada en puro espacio, espolean la imaginación adelantándola por los caminos sensuales de la metáfora.

Unamuno vió a Cuenca y la diseñó en páginas de indispensable recordación. Para ello le fué preciso una rumia lenta en el sosiego de su Salamanca: «Aquí en esta Salamanca —escribió—, acostada vera del Tormes que la brisa bajando de Gredos, espinazo de España, aquí, a digerir, a cocer sensaciones de Cuenca, encrespada entre las hoces de sus dos ríos...». La vió «paisaje natural —terreno y caserío—», de modo certero y sobrio, «castillo interior de las entrañas de la tierra madre, aún más que Avila de Santa Teresa». Y no creo, por mucha que sea la agudeza de los que en lo sucesivo describan a Cuenca, pueda ninguno sustraerse de estas coordenadas encontradas por el genio de don Miguel.

Conviene más a la naturaleza de la ciudad que al fenómeno geológico próximo a ella, el nombre de «Ciudad Encantada» dado a este último. Si entre las piedras erosionadas por las aguas y los vientos hasta las fantasías más romas adivinan calles y figuras modeladas en las rocas calizas, la insensible fusión en Cuenca de piedra y muro, la continuación fiel de la traza rocosa en los volúmenes de los edificios y hasta la distribución irregular de huecos en las fachadas como obedeciendo al capricho de las aguas naturales, hacen pensar en la fundación legendaria de la ciudad por el mismísimo Hércules, nuevo y apenas conocido trabajo que merece su inclusión en el índice de las míticas hazañas. Imperdonablemente Don Enrique de Aragón, Marqués de Villena, famoso escritor y hombre de ciencia tachado de nigromante en su siglo,

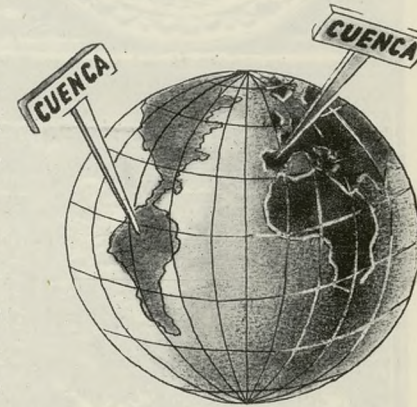


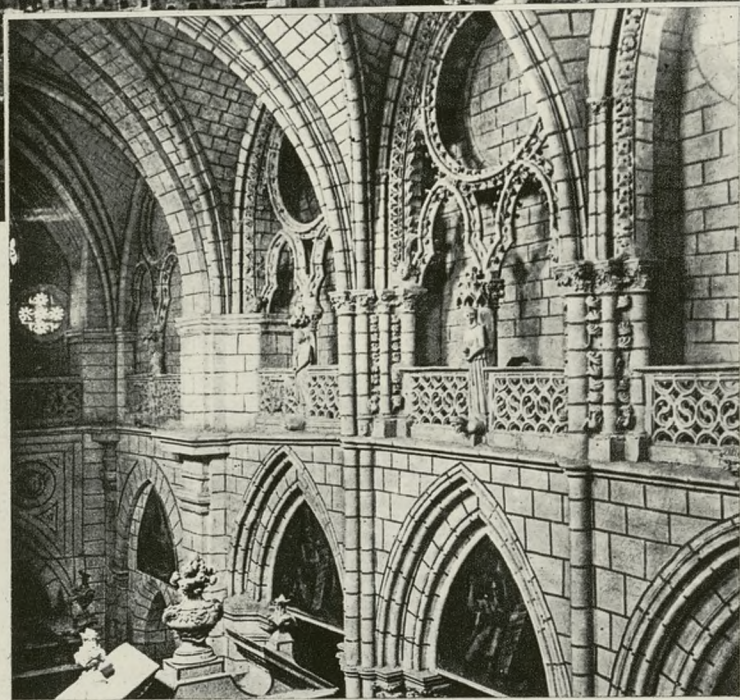
Viejas casas sobre las aguas del Júcar.—Aguafuerte de Castro Gil.

gran señor feudal en suelo conquense, olvidó también en su poema «Los trabajos de Hércules», éste de la erección de la ciudad, sin duda el más bello y perdurable de todos. «Ciudad Encantada», Cuenca misma, paradójicamente la de mejores cimientos aunque sorprendida a medio vuelo, ofrecida a los cielos por extrañas representaciones ciclópeas inmovilizadas en un instante mismo de su empresa, quizá castigadas en el momento decisivo de su rebelión y ya con el fuego celeste en las manos. Que Cuenca se decora con un friso de singular teogonía donde el delirio y la serenidad clásica alternan extrañamente unidas.

La solidaridad que hace paisaje natural las creaciones humanas fundidas con la tierra entrañable y desentrañada, liga también al hombre y con tal fuerza que el conquense sobre suelo de Cuenca es un elemento más en la unidad total, un estrato que si la muerte disgrega con su asperón, se renueva no obstante en el tiempo con imperturbable hieratismo sumiso a los mandatos del origen.

Y si paciente como el agua urde o cincela, como la roca también, de vez en vez, se desgaja torrencial y magnífico para volver pasado el estrago a su reposo de siglos.





Arriba: Triforio de la Catedral.—Abajo: Preciosa puerta tallada de la iglesia de Santo Domingo.



Arriba, a la izquierda: Panorámica de Cuenca desde el cerro de San Cristóbal.—A la derecha: Hoz del río Huécar.

Lejos de su tierra, desarraigado, el hombre de Cuenca es una fuerza impetuosa capaz de instaurar de nuevo la Iglesia de Cristo en Roma, como lo hiciera Gil de Albornoz, debelar el misterio de las tierras vírgenes de América con Alonso de Ojeda o sembrar a manos llenas el mejor trigo de la raza con los Hurtado de Mendoza.

Y en los ámbitos ilimitados del espíritu, la aventura del hombre de Cuenca se llama Fray Luis de León, Melchor Cano, Fray Ambrosio de Montesinos, Alfonso y Juan de Valdés, Luis de Molina, Hervás y Panduro...

* * *

Dos siglos largos de lamentable olvido arruinaron la que fué en tiempo poderosa ciudad. Las guerras civiles y la invasión napoleónica hicieron a Cuenca víctima de repetidos expolios. La revolución roja consumió la cobardía. Otra ciudad cualquiera, sometida a tan reiterada labor destructora —complementada por la incomprensión de innumerables concejos— hubiese desaparecido, perdido su carácter, diluído en el gris de tantos pueblos españoles. Pero Cuenca subsiste precisamente por el valor que Unamuno destacó. «Paisaje natural», hace monumento de su propia ruina y transmuta la profanación confiriéndole en el tiempo una fisonomía suya, propia, reciamente ibérica.

Desde el año 1939, Cuenca avanza en el camino de su recuperación. La guerra civil que tantos daños le infligiera, popularizó, no obstante, sus valores olvidados y sus posibilidades. Porque en los últimos cien años, incomprensiblemente, Cuenca permaneció aislada, como encerrada en un paréntesis, al margen del discurso de las demás provincias españolas. En los tres años interminables de la revolución fué mesa de miles y miles de desplazados y despensa de pueblos limítrofes con su hidalga generosidad. Su población ha aumentado notablemente y una sistemática y racional explotación de sus riquezas minera y forestal —de las más importantes de Europa— le incorpora al ritmo progresivo de los pueblos más inquietos de la Península.

Para el viajero hispanoamericano, Cuenca debiera ser obligado lugar de peregrinación. Dolorosamente no sucede así.

En su catedral, desde siglos, siguen esperando entre banderas arrebatadas al infiel y gallardetes ganados a los corsarios ingleses en aguas americanas los restos de dos virreyes, Don Andrés y Don García Hurtado de Mendoza, que dejaron en el nuevo continente fecundos viveros de raza, huellas imperecederas de sus elevados conceptos porque ellos fueron a las tierras recién amanecidas para la civilización a cumplir el mandato generoso de un Imperio crecido a la sombra de la Cruz.

F E D E R I C O M U E L A S
C R O N I S T A D E C U E N C A

